MAYÉUTICA 21 (1995) 383-407

SAN EZEQUIEL MORENO, MISIONERO EN FILIPINAS Y COLOMBIA

Angel MARTÍNEZ CUESTA

Preliminares

San Ezequiel Moreno es la figura más pura del movimiento misional que animó las iglesias de Filipinas y Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX. Tras decenios de apatía misionera y progresiva marginación social de los indígenas, en que las tribus paganas quedaron abandonadas a sí mismas y cada día más desvinculadas del tejido sociopolítico de sus respectivas naciones, aparecen en los años centrales del siglo síntomas que anuncian un cambio de tendencia. Los gobiernos comienzan a volver sus ojos hacia ellas. Reconocen su diversidad, intentan integrarlas en la vida de la nación, mandan exploradores que recorran sus tierras y acopien datos geográficos, económicos y etnográficos.

La Iglesia colombiana comienza a plantearse el problema de su evangelización. Difunde sus necesidades, aboga por ellos en las oficinas gubernamentales, recolecta fondos, favorece las correrías apostólicas de algunos misioneros y traba contactos con comunidades religiosas para que emprendan una evangelización más sistemática. En Filipinas sucedió algo parecido. A mediados de siglo surge entre algunos obispos y párrocos una nueva conciencia misional, que les lleva a preocuparse de los infieles de sus demarcaciones. Frutos de ella serían la encomienda de la gran isla de Mindanao al celo apostólico de los jesuitas (1859), la apertura de misiones entre los indígenas del norte de Luzón por agustinos y dominicos y la evangelización del sur de Palawan (1872) por los agustinos recoletos[1].

---

[1] Pablo PASTELLS, *Misión de la Compañía de Jesús de Filipinas en el siglo XIX,* 3 vols, Barcelona 1916 (versión inglesa incompleta en curso de publicación: 1, Cebú 1994); Pablo FERNÁNDEZ, *Dominicos donde nace el sol,* Barcelona 1958, 390-99; Isacio R. RODRÍGUEZ, *Historia de la provincia agustiniana del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas* 4, Manila 1968, 186-201; Josef SCHMITZ, *The Abra Mission in Northern Luzon, Philippines, 1598-1955,* Cebú 1971.

Este renovado interés por los indígenas obedece a múltiples causas, entre las que cabe destacar el creciente interés de latifundistas y pequeños colonos por sus tierras, la necesidad de contrastar posibles apetencias de naciones extranjeras y el celo apostólico de algunos sacerdotes y religiosos particulares.

En Filipinas el rápido aumento de la población, que asciende de poco más de millón y medio a principios de siglo a más de tres y medio en 1850[2], obliga a los habitantes de las costas y de las llanuras centrales, donde todavía seguía asentada la casi totalidad de su población civilizada, a internarse por los valles y montes del interior de las islas y a roturar tierras cada día más próximas al hábitat de negritos, kalingas, ifugaos, manguianes o simples remontados y huidos de la justicia. Las crecientes relaciones entre cristianos e infieles despiertan el interés de la sociedad por sus costumbres y necesidades, y suscitan en religiosos particulares y en las mismas autoridades civiles y religiosas un renovado interés por su situación socio-religiosa. Simultáneamente, las mal disimuladas apetencias de algunas potencias extranjeras sobre algunas zonas marginales del archipiélago ponen en guardia al gobierno español y lo mueven a fomentar su colonización y evangelización[3].

En Colombia las misiones, que ya habían sufrido serios quebrantos con la expulsión de los jesuitas en 1767, llegaron al borde de la ruina durante los disturbios de la larguísima guerra de la Independencia y, sobre todo, con las leyes contradictorias de la República. Por un lado, éstas urgían el envío de misioneros, y, por otro, impedían su preparación al despojar a las comunidades religiosas de sus bienes e incluso de sus conventos. La drástica caída del personal de las órdenes colombianas, que bajó de más de mil unidades en 1796 a apenas 150 en 1890, las forzó a suspender el envío de religiosos a las misiones.

El resultado fue la ruina casi total de las misiones. En noviembre de 1856 la legislatura provincial de Casanare enviaba una curiosa carta al arzobispo de Bogotá, en la que le «exigía» el envío inmediato de misioneros «celosos, activos, dignos y fieles» que ganaran para Cristo y para la sociedad «a millares de fieras más temibles que el tigre y el cocodrilo». Si no accedía a sus súplicas o no hallaba «en nuestra pervertida sociedad sacerdotes con

[2] Manuel BUCETA, *Diccionario geográfico, estadístico histórico de las Islas Filipinas* 2, Manila 1851, 52-53.

[3] Recuérdense la tratos de Francia con los jefezuelos de Basilan en 1845, cf. José MONTERO Y VIDAL, *Historia de la piratería malayo-mahometana en Joló y Borneo* 1, Madrid 1888, 381-401; 2, Madrid 1888, 48-50 (apéndice); el interés de Inglaterra por Singapur (1811) Borneo (1877) y el de alemanes e ingleses por Joló (1873-77), cf. MONTERO, *Historia* 2, 545-70, y Carolinas (1885), cf Mª Dolores ELIZALDE DE PÉREZ GRUESO, *España en el Pacífico. La Colonia de las Islas Carolinas, 1885 - 1899,* Madrid 1992.

abnegación y valor necesarios para exponerse al sacrificio por la fe», le amenazaba con llamar «misioneros protestantes o de cualquiera otra religión»[4]. Zonas cada día más amplias de la geografía nacional quedaban en manos de colonos sin escrúpulos, procedentes a veces de países extranjeros, como Venezuela, Brasil o Perú, sin que a sus habitantes les quedara otro remedio que abandonar sus poblados y reanudar su vida errante por los bosques y riberas de los ríos.

De sus necesidades espirituales sólo se preocuparon algunos sacerdotes celosos, mandados por sus obispos, que recorrían los territorios en expediciones de meses y aun años de duración, pero de escasa eficacia apostólica. Podemos recordar a algunos religiosos dominicos y agustinos recoletos exclaustrados por Mosquera en 1861, entre los que destaca el dominico José Calasanz Vela (1840-95). Este heroico misionero recorrió periódicamente los Llanos de San Martín desde 1872 hasta 1895, en que encontró la muerte al despeñarse con su bestia cerca del pueblo llanero de Uribe[5]. Misioneros jesuitas y algún que otro sacerdote tolimense visitaron durante algunos años la región del Caquetá, en la hoya amazónica colombiana, donde en 1848 moriría de hambre y de fiebre el aragonés José Laínez. Otros sacerdotes diocesanos atendieron a algunas poblaciones del Chocó, Arauca y Casanare. En esta última región también trabajaron durante poco más de un año, desde noviembre de 1859 a enero de 1861, tres redentoristas italianos[6].

Hacia 1870 crece el interés de la Iglesia por las misiones. El sínodo de Bogotá manda crear una junta de misiones con el fin de recolectar fondos que permitan la fundación de un seminario misional, atendido por religiosos europeos. Otros eclesiásticos solicitan la creación de obispados que puedan atender mejor las zonas marginadas de la nación. Pero sus instancias chocan con recelos de tipo nacionalista y con la rotunda oposición del arzobispo de Bogotá, que no veía con buenos ojos la desmembración de su inmensa archidiócesis[7].

Con la erección de la diócesis de Tunja en 1880 y el fervor misionero de monseñor Agnozzi, delegado apostólico entre 1882 y 1886, se caldea el ambiente misional de la nación, surgen nuevos proyectos, pero rara vez logran materializarse en realizaciones concretas. Tropezaron casi siempre

[4] Marcelino GANUZA, *Monografía de las misiones vivas de agustinos recoletos (candelarios) en Colombia* 2 , Bogotá 1921, 377.

[5] Cf. Fr José de Calazanz VELA - Alfredo MOLANO, *Dos viajes por la Orinoquia Colombiana,* Bogotá 1988.

[6] Samuel BOLAND, «First Redemptorist Mission to Unbelievers. Casanare, South America, 1859-1861», en *Spicilegium Historicum Congregationis Ssmi Redemptoris*, 31 (1983) 175-231.

[7] Sobre este tema hay abundante documentación inédita en ASV, Congregazione degli Affari Ecclesiastici Straordinari, Colombia, *Positiones* 111, 115, 169, 244, 276, 299, 304, 319, 325, 331, 332, 387, 390, 399, 402, 403, 404.

con el nacionalismo del clero; la falta de religiosos dispuestos a desafiar la soledad, insalubridad y pobreza de aquellas regiones; la inexperiencia e improvisación de los negociadores; la escasez de recursos materiales y también la falta de sólidas garantías políticas, jurídicas y canónicas. Moisés Higuera (1848-1915), obispo auxiliar de Bogotá, llegó a establecer un seminario en Nunchía (1882), del que salieron, al menos, cinco sacerdotes, pero su delicada salud y, sobre todo, su sorprendente traslado al deanato de la catedral metropolitana (1883) dieron al traste con un experimento que podría haber adelantado en un decenio la evangelización de aquella región[8].

El panorama cambió substancialmente gracias al programa pacificador de Rafael Núñez, el antiguo radical, que culminaría entre 1886 y 1902 con la promulgación de la Constitución (1886) y la sucesiva firma del Concordato con la Santa Sede (1887) y del convenio de misiones (1902). Tras decenios de incomprensión y conflicto, el Estado y la Iglesia firmaban las paces y acudían juntos en socorro de las grandes necesidades de los indígenas. El gobierno se comprometía a financiar las misiones y delegaba en la Iglesia no pocas de sus atribuciones, sobre todo en el campo de la enseñanza y del gobierno de los infieles. En la designación de los gobernantes de los territorios misionales se comprometía a consultar sus nombramientos con el Delegado Apostólico. Con el fin de fomentar la buena inteligencia entre ellos «y los respectivos jefes de misiones», habrían de recaer siempre «en personas de todo punto recomendables y reconocidamente favorables a las misiones y religiosos misioneros»[9]. La Iglesia, por su parte, contribuiría a defender el orden público, a asegurar el control del estado sobre algunos territorios fronterizos y a integrar a sus habitantes en el entramado social y político de la nación[10].

El acuerdo no dejaba de entrañar grandes peligros. Colocaba a los misioneros bajo la sombra protectora del Estado y mezclaba intereses muy diversos, cuando no contrapuestos, y podía convertir a los misioneros en agentes del Estado. Pero no hay que olvidar que casi toda la actividad misionera de la época discurría por cauces semejantes. La historia misional de las colonias europeas en África y Asia durante los pontificados de León XIII y Pío X desvela con claridad meridiana la estrecha conexión de los misioneros, tanto protestantes como católicos, con los estados coloniales. Todavía no habían resonado en la Iglesia las advertencias de Benedicto XV en la

[8] «Las misiones de Casanare», en *El Revisor Católico*, Tunja, 15 junio 1894, 49-57.

[9] *Convenio entre la Santa Sede y el gobierno de Colombia [sobre misiones],* Bogotá, 27 de dic. de 1902, art. XII, en *Diario Oficial*, Bogotá, 12 febr. 1903.

[10] *Convenio de Misiones* de 1902, art. IV: «El Vicariato Apostólico del Caquetá deberá establecer residencias o fundaciones en puntos limítrofes con el Brasil, con el Perú y con el Ecuador, y el prefecto apostólico de la Intendencia Oriental establecerá una en un punto limítrofe con Venezuela».

carta apostólica *Maximum illud,* del 30 de noviembre de 1919, sobre el carácter estrictamente eclesial de la misión y los peligros del nacionalismo, al que calificó de *pestis teterrima*[11].

A pesar de estas ambigüedades y de vistosos límites teológicos, estas misiones produjeron frutos copiosos. En general, los misioneros acertaron a salvaguardar su independencia y los indígenas no encontraron mayores dificultades para distinguir entre la labor misionera y los intereses del poder político[12]. Los misioneros más eminentes, conscientes siempre de la grandeza y del carácter sacro de su vocación, incluso acertaron a evitar toda connivencia y contemporización con políticos, comerciantes y terratenientes. Por otra parte, esta colaboración tuvo también efectos positivos. Ante todo, hizo posibles no pocas experiencias misioneras que, dada la pobreza de las comunidades religiosas y la escasa conciencia misionera del pueblo católico, no se habrían podido llevar a cabo sin el apoyo del Estado. Otras se habrían desarrollado de modo mucho más precario y, desde luego, no habrían podido embarcarse en proyectos de promoción humana.

San Ezequiel era misionero por vocación personal y por pertenencia a una comunidad de antigua raigambre misionera. Al igual que todos sus compañeros, el mismo día de su profesión religiosa se obligó con juramento solemne a trabajar de por vida en las misiones de Filipinas. Y se convirtió en misionero de la época por fuerza de las circunstancias. La tradición misionera de su orden, vivida casi siempre a la sombra del patronato español, y las ideas entonces dominantes le ponen en inmediata sintonía con la sensibilidad misionera que se estaba gestando en las iglesias de Filipinas y Colombia, sin encontrar reparo alguno en su estrecha vinculación con el poder político. En ambos países recibe salario del Estado, actúa en conexión con las autoridades civiles tanto centrales como provinciales y acude a sus agentes siempre que lo cree conveniente para el bien de su misión. Pero esa conexión no empaña el carácter exquisitamente espiritual de su labor ni le resta un ápice de su libertad de acción.

En Filipinas el padre supera rápidamente el sentido excesivamente amplio y cómodo que gran parte de los religiosos de la época estaba dando a su vocación misionera. El amor a las almas no le permite contentarse con mantener las posiciones adquiridas en el pasado y le empuja a extender su acción pastoral a las tribus infieles que poblaban el interior de no pocas islas. En Colombia acoge las instancias misioneras del momento, las alimenta con cartas e informes, explora una de las regiones más abandonadas y, con la cooperación abnegada de un puñado de religiosos, da vida al vica-

[11] En AAS 11 (1919) 440-55; traducción española en *El Magisterio Pontificio contemporáneo* 2, ed. de F. GUERRERO, Madrid 1992 (BAC maior 39), 11-23.

[12] H. JEDIN, «Weltmission und Kolonialismus», en *Sæculum* 9 (1958) 393-404.

riato apostólico de Casanare, el primero de la nación y uno de los primeros de toda América del Sur. Más tarde, ya obispo de Pasto, vuelve los ojos a los indios que poblaban la inmensa hoya amazónica colombiana y la costa de Tumaco, y promueve la erección de sendas jurisdicciones misionales.

1. Misionero en Filipinas

a. Fundador de Puerto Princesa

Su primer destino sacerdotal fue un puesto misional. En diciembre de 1871 el gobierno de Filipinas estaba ultimando un proyecto «de ocupación, colonización y defensa» de la isla de Palawan. Esta isla, de más de 11.600 km^2 y estratégicamente situada en las inmediaciones de Borneo y en la ruta de Singapur, yacía en un abandono bochornoso. La soberanía española sólo se hacía sentir en la mitad norte, a donde llegaba el influjo del alcalde mayor y del misionero de Taytay. En la mitad meridional, paso continuo de los piratas joloanos, los habitantes autóctonos persistían en sus usos ancestrales y en sus creencias animistas. Estas circunstancias eran conocidas en las cancillerías extranjeras y despertaban no pocas apetencias.

Manila se percató del peligro y se decidió a potenciar su presencia en ella, ejecutando viejas órdenes de Madrid. El 22 de diciembre de 1871 el gobernador general decretaba la creación de un gobierno político-militar en el sur de la isla con capital en Puerto Princesa. Simultáneamente, organizó una expedición, compuesta en su máxima parte de militares disciplinados y presidiarios comunes, que, tras desmontar y acondicionar los terrenos donde habría de surgir la nueva capital, se encargaría de asegurar la defensa de la isla y fomentar la explotación de sus recursos. El 12 de febrero del año siguiente el gobierno pedía al provincial de recoletos «un padre misionero […] para que administrase el pasto espiritual» a los expedicionarios y atendiera a los naturales que quisieran abrazar el cristianismo. Dos días más tarde el provincial designaba al padre Ezequiel Moreno y le daba por compañero al padre Antonio Muro[13].

Su actividad en la colonia fue intensísima. Mientras los expedicionarios desmontan el terreno y construyen los barracones de rigor, él levanta un cobertizo de ramaje y lo habilita para capilla y casa cural. El domingo, día 10 de marzo, celebró en él por vez primera la santa misa. Luego emprende la construcción de edificios más estables, atiende a la catequesis, recuerda a todos sus deberes religiosos, cosa nada fácil en una colonia de peniten-

[13] Rafael GARCÍA, «Aportación para la historia de las misiones de Palawan», en *Recollectio* 1 (1978) 159-226; con más detalle, Ángel MARTÍNEZ CUESTA, *El beato Ezequiel Moreno. El Camino del deber*, Roma 1975, 23-34.

ciados, y, sobre todo, cuida de las numerosas víctimas del tifus, de la malaria y otras enfermedades tropicales. No menos de 19 colonos encontraron la muerte en los cinco primeros meses.

Muy pronto su celo apostólico desborda los límites de la colonia. Él se sentía misionero y con ese título había llegado a Palawan. Consiguientemente, no tardó en volver la mirada a los numerosos infieles de los alrededores. Primeramente, se adentra por el *hinterland* de la bahía, visita las rancherías de los ríos Iraguan e Iwahig y entra en contacto con unos 400 tagbanuas, a los que intenta catequizar y reducir a poblado. Los indios son lentos a la hora de cumplir sus promesas, pero él no ceja y continúa animándolos a concentrarse en un poblado. El 14 de octubre, en una de sus visitas, constata con gozo que algo comienza a moverse: «donde antes vi una sola casa, ya encontré ocho con ocho familias, más cuatro que estaban para llegar de un momento a otro y algunas otras que tengo por cierto que también se juntarán»[14]. El poblado surgirá en su propio medio, lejos de Puerto Princesa, para que la conducta desarreglada de los colonos no malee a sus pobladores.

Su celo por la salvación de las almas lo tiene siempre en tensión. Aprovecha viajes, conversaciones, cuantas circunstancias se le ofrecen, para informarse de las necesidades espirituales de quienes lo rodean y corre rápido en su auxilio. Un día se percata del abandono espiritual de las visitas de Babuyan y Tulariquin, muy alejadas de la parroquia de Taytay, y propone al provincial que pasen a ser administradas desde Puerto Princesa. Otro día llega a su noticia la existencia de sendas rancherías de infieles en las márgenes de los ríos Inagauan y Aborlan y en seguida organiza una visita, sin reparar en los 45 kms de bosques y manglares que los separan de Puerto Princesa.

En Inagauan, el punto más cercano a Puerto, encontró siete u ocho cristianos. Eran cristianos de solo nombre, desconocedores de lo más elemental de la religión. Pero, al menos, no eran personas hostiles y ni siquiera extrañas. Ellos le pusieron en comunicación con unos 500 indígenas que gravitaban sobre la aldea, y le ayudaron a quebrar el recelo inicial. Con su apoyo no le resultó difícil ganarse su voluntad y persuadirles a establecerse en algún lugar próximo a la playa. La mayor dificultad radicaba en las posibles incursiones de los piratas joloanos. Pero de ello ya se ocuparían los cañoneros de Puerto Princesa.

En Aborlan encuentra un ambiente más complejo. No hay cristianos y los piratas joloanos merodean por sus alrededores con cierta libertad. Las doce casuchas del casco de la población pertenecen todas a joloanos o mesti-

[14] Ezequiel MORENO, «Carta al p. provincial», Puerto Princesa, 18 oct. 1872, en *Epistolario del beato Ezequiel Moreno* 1, Roma 1982, 11.

zos joloanos. Uno de ellos es el cabecilla de la zona o «el gobernador del río». Convive con dos mujeres y se hace mantener por los indígenas autóctonos, que viven diseminados por el interior de la isla. Los joloanos están divididos. Algunos «se avendrían a vivir pacíficamente entre los naturales, pero hay otros, especialmente uno, de quien se podría temer alguna traición y a quien no cuadraría muy bien que la gente formase un pueblo y recibiese un misionero»[15]. Estos últimos andan siempre armados y tienen aterrorizados a los naturales. Los otros son «dóciles […]; sólo algunos, que han recibido algunas doctrinas religiosas de los joloanos, son los únicos que por de pronto acaso no aceptaran nuestra religión y civilización. Los demás desearían verse libres» del yugo joloano[16]. Antes de emprender una labor estrictamente misional, es preciso desbrozar y abonar bien el campo. Por de pronto, él se limita a informarse sobre las interrelaciones de los diversos grupos étnicos, sobre sus costumbres, sobre la calidad de sus campos, etc. También habla al cabecilla sobre la formación de un poblado con la gente dispersa por campos y sementeras.

En los meses siguientes no se olvida un momento de los compromisos contraídos con los infieles del sur de Puerto. Los visita repetidas veces, comparte su modo de vivir, los anima a reunirse en poblado. Se esfuerza por completar y afinar su información, pregunta a los viajeros sobre la marcha de las reducciones, acaricia planes y proyectos y los eleva a las autoridades civiles y religiosas. Sus cartas giran siempre en torno a sus queridos indios, como si no acertara a desprenderse de su recuerdo y todo parece indicar que constituyen el núcleo de sus preocupaciones apostólicas.

A su superior religioso lo apremia a que envíe inmediatamente algún misionero. Al principio tendrá que sufrir la soledad, la insalubridad de la tierra, la escasez de alimentos y en algún sitio hasta estará expuesto a las incursiones de los moros. Pero no cree que haya que reparar demasiado en esas dificultades. Después de todo, no son más que «trabajos anejos al asunto», gajes del oficio. Él mismo se ofrece gustoso y cualquier otro podrá hacerlo «tan bien o mejor que yo […]; yo no tengo ventaja alguna, porque el idioma lo ignoro y tendría que aprenderlo estando entre ellos. Pero le manifiesto a V.R. mi voluntad para que obre según le parezca»[17].

Desgraciadamente, a finales de noviembre de 1872, durante una noche pasada a la intemperie en la playa de Inagauan, la malaria hizo presa en su cuerpo, y le obligó a retirarse a Manila. Pero su estancia en Palawan no había sido inútil. El aguijón de las misiones se había clavado en su corazón y ya no lo abandonará jamás. Por otra parte, sus cartas e infor-

[15] *Ibid*. 9.

[16] *Ibid*. 10.

[17] Ezequiel MORENO, *Carta al p. provincial*, Puerto Princesa, 27 ag. 1872, en *Epistolario*, 4.

mes atrajeron la atención de las autoridades sobre las necesidades de la isla y prepararon el camino a la evangelización sistemática de sus gentes, que comenzaría en 1886 con la llegada de un grupo relativamente numeroso de jóvenes misioneros[18].

b. Párroco de Calapán y vicario provincial de Mindoro

Al año siguiente (1873) fue destinado a Mindoro como párroco de Calapán, cabecera de la isla, y vicario provincial de sus misioneros. También aquí tuvo ocasión de desplegar su celo misional. La vastísima jurisdicción de Calapán estaba salpicada de aldehuelas y rancherías, en las que convivían pacíficamente multitudes de fieles e infieles. El padre Ezequiel atiende a todos con la misma solicitud. En 1928, cuando ya habían pasado más de 50 años de estos acontecimientos, su viejo *fiscal* –Atanasio Leido- todavía rememoraba con fruición sus correrías por montes, ríos y esteros, sin preocuparse del calor, de las distancias o de las enfermedades. Al buen anciano le bailaba el alma de gozo al recordar a su querido párroco y se enorgullecía de haber convivido con un santo[19].

Como vicario provincial propuso al gobierno la instalación de cinco nuevos centros misionales, que, aunque fueron aprobados por Real Orden del 28 de febrero de 1878, no serían cubiertos hasta nueve años más tarde[20]. En febrero de 1876 abogaba ante el vicario capitular del arzobispado de Manila por la pronta aprobación del plan de misiones de la isla y, de modo especial, por instalación de un misionero entre los manguianes de Santa Cruz. Múltiples razones aconsejaban la fundación de una misión en ese lugar. Las enormes distancias y la inexistencia de caminos comprometían gravemente la acción de los pocos sacerdotes de la isla, que de ordinario eran los únicos capaces de sacudir el marasmo que enervaba a sus gentes, y perpetuaban su estado de ignorancia y apatía:

> «Diez y ocho son los pueblos que hay en la isla y tres en las tres islas de Sibay, Semirara y Caluya como visitas de la Misión de Mangarin. Todos los 18 pueblos están inmediatos á las playas rodeando esta inmensa y grande isla, sin vías de comunicación, como ya tengo indicado, y la mayoría sin una persona de carácter que mire de cerca por sus habitantes, sin quien les instruya y vigile, sin quien les inculque ideas de bondad, de adelanto y laboriosidad.
>
> Las autoridades locales valen poco, poquísimo, aunque para esos cargos se hayan elegido las personas más dispuestas del pueblo: la autoridad de la

[18] Cf. «Expediente sobre la creación de cuatro misiones en la isla de Paragua: Tinitían, Dumarán, Bacuit y Taytay», AHN, *Ultramar*, leg. 2.302, nº 152.

[19] Gregorio ARMAS, «El padre Ezequiel Moreno en Filipinas», en BPSN 38 (1948) 85-88

[20] «Expediente sobre la creación de seis u ocho misiones en la contracosta de Mindoro», AHN, *Ultramar*, leg. **4.582, nº 41.**

provincia sólo haciendo un esfuerzo podría visitarlos una vez, y los curas sólo los visitan raras veces al año porque no pueden más, porque es imposible que sólo cinco curas recorran muchas veces todo el litoral de la isla, que cuenta de 85 a 90 leguas, más las tres islas que tiene el de Mangarin. Es imposible que el cura de Nauján, por ejemplo, esté al cuidado de más de 3.000 almas que tiene en la población donde reside y de más de 2.000 que viven en seis pueblos más que están a su cargo y que ocupan un territorio de más de 20 leguas.

De esta falta de vigilancia y enseñanza resulta que los habitantes de esos pueblos son ignorantes, perezosos y poco trabajadores, en lo general. La mayoría pasan las semanas y los meses en el bosque sin arrimarse al pueblo, viviendo de frutas y raíces alimenticias que en abundancia y espontáneamente les ofrece la tierra de Mindoro, y muchos de ellos del trabajo de los manguianes, a quienes explotan de un modo lastimoso y digno del más duro castigo y a quienes engañan con escandalosos contratos, cuyos resultados muchas veces es la esclavitud de aquellos infelices. Esta holganza, esta apatía y flojedad, este modo de vivir es causa de otros vicios y de que no tengan interés alguno en tener caminos ni en que adelanten sus pueblos que no son más que grupos de pocas, pequeñas y malas casas, y refugio de algunos criminales que, conocedores de la simplicidad é ignorancia de sus habitantes, llegan seguros de no ser conocidos ni descubiertos. Ha poco tiempo que uno de éstos fue el director y confidente de un gobernadorcillo y ni éste ni el pueblo sospecharon en él.

¿Quién podrá hoy poner remedio a esos abusos, sacar de la ignorancia a los individuos de esas visitas y hacer que sean trabajadores y miren por el adelanto de sus miserables pueblos? Lo ya dicho puede ser la contestación.

El cura, cuando hace la visita, ve los abusos y los reprende, enseña lo que puede, trabaja por que los viciosos dejen sus vicios, llega a conseguir la enmienda de muchos, pero el cura marcha y vuelven a sus vicios, ya por la seguridad de que no hay quien les reprenda, ya también porque no conocen suficientemente los frutos de la virtud y las malas consecuencias del vicio.

Teniendo en consideración todo lo dicho, se echa de ver la necesidad del aumento de alguna misión aun sólo para el buen gobierno y adelanto de lo ya existente. Si además de esto se busca que Mindoro aumente en población y se quiere hacer algo a favor de los miles de almas ocultas en sus bosques, es bajo todo punto necesaria la creación de las seis u ocho misiones que se pretenden».

Pero en su balanza personal todavía pesa más la atención que esas misiones podrían prestar a los numerosos infieles que todavía pueblan Mindoro. Por eso aboga especialmente por el establecimiento de una misión en Santa Cruz, situada en el medio de las 12 leguas que separan Mamburao de Sablayan.

«Merece también especial atención y protección ese nuevo pueblo por la circunstancia de ser infieles los que solicitan el establecimiento formal. Se

someten con obligaciones ventajosísimas a la religión y al estado; son nuevos súbditos que quieren obedecer a la autoridad que antes no obedecían ni siquiera conocían; es gente que busca y pide nuestra religión y nuestras costumbres y es razonable, es justo que los acojamos; es preciso hacer de modo que el fruto recogido con los sudores del misionero no se pierda, y creo convenientísimo para el objeto favorecerles en todo lo posible y hasta mimarlos en un principio».

El misionero deberá tratarles con la máxima delicadeza, armarse de paciencia y estar dispuesto a afrontar toda clase de privaciones y sacrificios:

«Los manguianes de Santa Cruz son hoy niños que necesitan de caricias; frágiles naves que no navegan sino viento en popa y que el más leve viento contrario las haría zozobrar, y es preciso un trato dulce y paternal para con ellos; es necesario favorecerlos y no contrariarlos por ahora y no hay duda que los resultados serán favorables y que han de tomar incremento en lo futuro. Cuando éstos lleguen a conocer lo ventajoso de vivir en sociedad, cuando disfruten y gocen de los consuelos que comunica la religión y de las seguridades que ofrece nuestro gobierno, desearán hacer partícipes de su bienestar y ventura a sus semejantes y serán otros tantos auxiliares del misionero que lleven la buena nueva a los que hayan quedado en los bosques […]

El misionero irá dispuesto á vivir con el manguián y a sufrir cuando ellos sufran y gozar cuando ellos gocen. Con su carácter dulce y de paciencia dulcificará el de ellos; los acostumbrará a su trato paternal y tranquilo y al social y laborioso, haciendo de modo que se agrupen en poblaciones que serán regidas en un principio del modo más conducente al fin que nos proponemos […]

Si se quiere, pues, reducir y labrar la felicidad temporal y eterna de los miles de individuos que se hallan sumidos en el cieno del error, si se quiere conocer esta isla y sacar provecho y disfrutar de las riquezas que encierra, a mi juicio y a juicio de todas las personas prudentes conocedoras de Mindoro, es precisa, es necesaria la creación de las misiones que se piden. Éste es el medio más a propósito y el que sólo costará un poco de dinero, que se recobrará con crecidos réditos, y acaso la vida de algunos misioneros. Las condiciones poco saludables de todo terreno inculto y virgen, las fatigas en las excursiones, y otros trabajos nos robarán esas vidas que tanto valen, pero, ¿qué importa? Siempre ha sucedido lo mismo; que eso no se tenga en cuenta como contrariedad a esa grande obra, porque aún hay fe, hay todavía heroísmo, aún hay apóstoles e imitadores del Crucificado, aún hay hombres que anhelan dar la vida en provecho de sus hermanos y morir con la muerte de los mártires. Dichosos ellos: la patria les recordará siempre y Dios les dará un premio grande… eterno…»[21].

---

[21] [Informe al vicario capitular de la archidiócesis de Manila sobre la creación de una misión en el barrio de Santa Cruz (Mindoro)], Calapán, 18 de febrero de 1876, Archivo del arzobispado de Manila (fotocopia en AGOAR). En ese mismo archivo han aparecido últimamente algunas otras cartas que proyectan nueva luz sobre su actividad en Mindoro, cf. Antoon POSTMA, «St.

A la vez se preocupa por defender la identidad religiosa de los misioneros, aconsejando al provincial que los reúna en residencias donde puedan conciliar más fácilmente las exigencias de la vida común con las del apostolado[22].

Desde 1876 hasta 1885 regentó las parroquias de Las Piñas y Santo Tomás, en la isla de Luzón, y desempeñó los oficios de predicador mayor del convento de Manila y administrador de una finca rústica. Aunque en ninguno de estos oficios tuvo ocasión de ejercer una actividad estrictamente misional, continuó viviendo siempre en contacto con pobres, enfermos y marginados. En todas partes le tocó asistir a miles de víctimas del cólera, la viruela, el hambre y el infortunio.

2. En Colombia

a. Restaurador de las misiones de Casanare

A su llegada a Bogotá (2 de enero de 1889), el rescoldo misionero que anidaba en su alma vuelve a avivarse. Ya se ha recordado el interés de las autoridades de la nación por la reanudación de la actividad misional. Los Llanos de Casanare eran uno de los territorios que más les preocupaban. El gobierno había patrocinado algunas expediciones y el obispo de Tunja había encomendado su evangelización a su obispo auxiliar, que fijó su residencia en Socha y realizó una excursión misional por gran parte de su territorio[23], y, últimamente, había entrado en contacto con los claretianos a través del ministro plenipotenciario de Colombia en Madrid[24]. Ambos ven en los recién llegados unos instrumentos enviados por la Providencia. En julio de 1889, a los seis meses justos de su llegada, el ministro de Fomento les propone formalmente la reanudación de la labor misionera en aquel territorio. El padre Ezequiel respondió que la evangelización «de los infieles de Casanare, donde tanto trabajaron y tan grata y gloriosa memoria dejaron nuestros antiguos religiosos», es su «pensamiento favorito», su «gran aspiración». Pero la penuria de personal y la necesidad de asegurar el porvenir de la provincia frenan por el momento sus ansias apostólicas[25].

Ecequiel Moreno y Díaz and His Unknown Letters from Mindoro», en *Philippine Quarterly of Culture and Society* 22 (Cebu 1994) 270-305.

[22] Ángel MARTÍNEZ CUESTA, *Beato Ezequiel Moreno*, 34-36.

[23] Juan N. RUEDA, *Informe que el obispo de Sebastópolis y vicario de Casanare da S. S. el minsitro de Hacienda sobre visita a los Llanos de Casanare,* Bogotá 1889.

[24] Alguna documentación sobre estos contactos puede verse en el Arch. Gen. de los claretianos en Roma y en el Arch. diocesano de Tunja.

[25] Ángel MARTÍNEZ CUESTA, *Beato Ezequiel Moreno*, 163-64.

La llegada a Bogotá, en junio de 1890, de un nuevo grupo de recoletos reaviva sus deseos y le hace soñar más a menudo en Casanare. Poco a poco la restauración de sus antiguas misiones deja de parecerle una simple utopía. A mediados de octubre ya está decidido a explorar personalmente el territorio y, si encuentra bien dispuestos a los infieles, dejará «por allí a los dos que me acompañen en la expedición»[26]. Por fin, en diciembre, tras dirigir los ejercicios espirituales al clero boyacense y recibir la bendición de su obispo, se adentra en la sabana casanareña, acompañado de tres religiosos[27] y dos sacerdotes diocesanos[28].

Sus numerosos amigos tratan de disuadirle del viaje, ponderando los peligros que entrañaba. Pero él no presta oídos a esas razones de la carne, «por lo poco que significan la salud del hombre y aun su misma vida, si se compara con lo que vale una sola alma»[29]. Durante tres meses y medio recorre aquellas inmensas planicies administrando sacramentos, regulando matrimonios, visitando enfermos y, sobre todo, tomando apuntes sobre la situación de sus habitantes. La suerte de los infieles es en todo momento su preocupación dominante. La presencia de sálivas y guahibos en las inmediaciones de Orocué le mueve a dejar allí a sus tres compañeros, y la esperanza de encontrar yayuros y guahibos lo conduce hasta Cravo Norte[30].

Este viaje, que tan bien supo contar él mismo a los lectores de la prensa santafereña, marca un hito fundamental en la historia moderna de las misiones colombianas. Por la misma época el dominico José Calasanz Vela explora las riberas del Guaviare y del Orinoco, y misioneros jesuitas recorren el Caquetá y los Llanos de San Martín, pero ninguno de estos viajes cristalizó por el momento en realizaciones concretas[31]. En todos ellos

---

[26] Ezequiel MORENO, «Carta al p. comisario apostólico», Bogotá, 13 oct. 1890, en *Epistolario del beato Ezequiel Moreno* 1, Roma 1982, 72.

[27] Eran los recoletos Manuel Fernández (1865-1941), Marcos Bartolomé (1866-1941) e Isidoro Sáinz (1861-1919), cf. R. BUITRAGO, *Memorias biográficas de la provincia de Ntra Sra. de la Candelaria, 1663-1963,* Bogotá 1965, 190, 221-223.

[28] Miguel de Jesús Medina, párroco de Labranzagrande, y Crisóstomo Moreno, sacerdote recién ordenado. El padre Medina regresó a su parroquia el 26 de enero desde Santa Elena, cf. A. MARTÍNEZ CUESTA, *Beato Ezequiel Moreno,* 171 y 177.

[29] Ezequiel MORENO, «Carta al p. Santiago Matute» Tunja, 10 dic. 1890, en *Cartas del siervo de Dios ilmo. padre fray Ezequiel Moreno y Díaz* 1, ed. de T. MINGUELLA, Madrid 1914, 4-5.

[30] Ezequiel MORENO, «Cartas al p. Santiago Matute», Orocué, 4 febr. 1891, y Tunja, 7 abril 1891, en *Cartas* 1, 43, y 63.

[31] En 1890 capuchinos valencianos se hicieron cargo de la Goajira, a donde habían llegado dos años antes, pero sólo en 1905 pudieron formar en ella una jurisdicción misional. Otros recorrieron el Chocó, pero en esa región no les fue posible fundar una misión estable, cf. Gregorio de CASSERRAS, «Misión de los capuchinos en el Chocó», en *La semana religiosa de Popayán* 16 (1896) 220-24, 237-40, 244-49; Buenaventura de PUPIALES, «Informe sobre las misiones en el Chocó», *Ibid*. 18 (1898-99) 475-78, 488-90.

prevaleció la prudencia sobre el ardor misionero y nadie se atrevió a desafiar la soledad e insalubridad de aquellas inmensidades y la escasez de recursos. El padre Ezequiel también era consciente de esas dificultades, pero saltó por encima de ellas, porque para él una «sola alma valía más que la vida del hombre» y porque pudo contar con religiosos abnegados, que accedieron a quedarse en Orocué.

El padre Ezequiel habría deseado quedarse para siempre en Casanare. «¡Con qué gusto me hubiera quedado entre ellos!», exclama en una carta cuando todavía no ha salido de la región. «Siento que mi corazón desea volver a estas tierras para quedarme entre ellas y entregar mi alma al Señor en el temido Casanare»[32]. Pero por el momento no pudo dar oídos a sus deseos, porque las obligaciones de su cargo reclamaban su presencia en Bogotá. En Casanare quedaron sus tres compañeros con el encargo de atender a los indígenas de las riberas del Meta y de estudiar a fondo su lengua, que es lo que más le interesa por el momento. Desde Bogotá les recordará una y otra vez que «aprender su idioma es lo que por ahora interesa y lo único que casi se puede hacer. Ése, y no otro, fue mi principal objeto al dejarlos ahí: el que aprendan el guahibo y tengan eso adelantado para cuando vayan otros. Lo que ahora aprendan, fácilmente lo podrán aprender los que después vayan». En Filipinas, donde toda la evangelización se realizó en los dialectos nativos, ha aprendido a valorar la importancia de conocer bien el idioma de los infieles. Sin el vehículo del idioma el esfuerzo evangelizador está destinado a la esterilidad: «Sin la palabra no es posible hacerles conocer lo que les conviene ni persuadirles de ciertas cosas»[33].

Los misioneros cumplieron a la perfección sus consejos y se aplicaron al estudio del guahibo. En 1894 los padres Manuel Fernández y Marcos Bartolomé ya estaban en condiciones de redactar la primera gramática guahiba, a la que ellos, conscientes de sus limitaciones, dieron el título de *Ensayo de gramática hispano goahiva*. Afortunadamente, la modestia del título no disminuyó su utilidad ni le cerró las puertas del mundo culto, siendo muy bien acogida tanto dentro como fuera de Colombia.

En Bogotá el padre Ezequiel vive siempre pendiente de Casanare. Procura paliar el aislamiento de sus tres misioneros con cartas frecuentes, transidas de solicitud paternal. Los pone en guardia contra los halagos de una vida más cómoda y la tentación del desaliento, pero, a la vez, quiere que anden juntos, que no se separen, que se muevan con libertad, que no cometan excesos y cuiden de su salud. Se preocupa por su salud corporal, les

---

[32] Ezequiel MORENO, «Carta al p. Santiago Matute», Tame, 22 febr. 1891, en *Cartas* 1, 45-46.

[33] Ezequiel MORENO, «Carta al p. Manuel Fernández», Bogotá, 9 julio 1891, en *Cartas* 1, 87; también la carta del 10 de marzo del mismo año, 70.

subscribe a un periódico de Bogotá «para que estén al corriente de las cosas de aquí»[34] y en una ocasión hasta los anima a tomarse unas vacaciones en Támara[35]. Otras veces responde a sus consultas o les resuelve casos de orden práctico. Les indica el modo de conducirse en un determinado caso moral o en el emplazamiento de un nuevo centro misional. Los anima a moverse con cierta libertad de espíritu y a no escrupulizar demasiado en la cuestión de los matrimonios. En junio de 1892, apenas le llegan refuerzos de España, les envía tres nuevos compañeros: los padres Cayetano Fernández y Marcelino Ganuza y el hermano Diácono Jiménez[36].

Simultáneamente promueve la creación de un vicariato apostólico en la zona, a pesar de darse perfecta cuenta de que con ello se está acercando una cruz de la que desea huir con toda su alma. La noticia de que el nuncio piensa encomendárselo a él le turba y le crea serios conflictos interiores. En modo alguno quiere cargar con una responsabilidad, «que, si para todos es pesada, para mí tiene que ser más, por mi especial conciencia, que no goza esa libertad santa de que gozan otras, sino que, más bien, se encuentra en frecuentes apuros, principalmente en todo lo que se relaciona con la salvación eterna de las almas, creyendo siempre que se debe hacer más y exponiéndome o a pasar imprudentemente el justo límite o a dejar gritando mi conciencia»[37]. En su interior se alzan voces que le instan a acudir a sus amistades para entorpecer el plan y retrasar su ejecución. Pero, al fin, por amor a las almas y el honor de su comunidad arrincona sus miedos y se decide a agilizar la erección del vicariato.

El expediente resultó largo y enojoso, por mezclarse en él problemas económicos y burocráticos, la inexperiencia de los negociadores, y hasta pasiones nacionalistas. Pero, al fin, el 17 de julio de 1893, Roma, de acuerdo con el gobierno colombiano, erigía el vicariato apostólico de Casanare. El 25 de noviembre del mismo año encomendaba su administración al padre Ezequiel[38].

El padre Ezequiel llegó a Casanare, según se expresó él mismo en su primera pastoral a los fieles de Pasto, con «la firme persuasión de permanecer en aquella región hasta la muerte». Le halagaba la idea de pasar a la

---

[34] Ezequiel MORENO, «Carta a los misioneros de Orocué», Bogotá, 9 oct. 1891, en *Cartas* 1, 92.

[35] Ezequiel MORENO, «Carta al p. Manuel Fernández», Bogotá, 9 oct. 1891, en *Cartas* 1, 91-92.

[36] *Epistolario del beato Ezequiel* 1, 106.

[37] Ezequiel MORENO, «Carta al p. comisario apostólico», Bogotá, 13 marzo 1893, en *Epistolario* 1, 137.

[38] Cf. A. MARTÍNEZ CUESTA, *Beato Ezequiel Moreno,* 209-20.

eternidad «desde las playas de sus ríos o la espesura de sus bosques»[39]. Pero su permanencia en él iba a ser breve y durante varios meses se vio turbada por la guerra civil de 1895 y los rumores sobre su promoción a la sede de Pasto. Con todo, resultó muy fructífera. Desde el 30 de junio de 1894, en que hizo su entrada en Támara, hasta el 8 de febrero de 1896, en que se despedía en Nunchía del último de sus misioneros, recorrió varias veces el vicariato, estructuró su administración en torno a cuatro centros –Arauca, Támara, Chámeza y Orocué– en los que colocó a 16 religiosos, estableció una comunidad de religiosas en Támara y preparó la instalación de otras en Orocué y Arauca, abrió orfanatos para hijos de guahibos y sálivas, trabajó en la moralización de la vida pública, promovió la creación de escuelas rurales, y, sobre todo, se empeñó en que la palabra de Dios volviera a resonar con fuerza y regularidad en parajes en que durante los últimos 40 años apenas si se había dejado oír.

Dos problemas fundamentales atrajeron su atención apenas puso pie en el vicariato. El primero fue la multitud de «almas que se hallan en extrema necesidad espiritual». Rápidamente redacta un folleto, en que señala con admirable claridad las almas que se encontraban en ese estado y propone diversos modos de auxiliarlas. Y luego lo difunde por todo el vicariato. Da especial realce a las verdades absolutamente necesarias para la salvación y a la obligación de bautizar a los niños abortivos, fetos y aun monstruos, con tal que den alguna señal de vida y haya probabilidad de que sean verdaderamente humanos. En octubre funda la asociación del Sagrado Corazón de Jesús, que deberá establecerse en todos los pueblos, con el fin de propagar y ejecutar sus enseñanzas. Y él mismo aprovecha las visitas pastorales y hasta las cartas y conversaciones privadas para divulgarlas[40].

El segundo fue la proliferación de amancebamientos y uniones ilegítimas. Muchos eran fruto de la ignorancia, de la desidia y de la dificultad de observar todos los requisitos de la compleja legislación matrimonial de la época en un territorio desprovisto de sacerdotes. Él afrontó este problema con decisión, en la creencia de poder resolverlo con relativa facilidad. Pero la incomunicación, la escasez de sacerdotes y el complicado derecho matrimonial de la época, con su retahíla de impedimentos, entorpecieron su labor. Actuó siempre con gran amor a las almas, aconsejando indulgencia a

---

[39] *Cartas Pastorales, circulares y otros escritos del Ilmo y Rmo. sr. d. fr. Ezequiel Moreno y Díaz, obispo de Pasto (Colombia)*, Madrid 1908, 45.

[40] «Instrucciones dadas por el sr. Moreno a los fieles de Casanare para ayudar a conseguir la salvación eterna a los que se hallan en extrema necesidad espiritual», en *Cartas Pastorales,* 16-29; sobre su composición y divulgación, cf. A. MARTÍNEZ CUESTA, *Beato Ezequiel Moreno*, 243-49, y Ezequiel MORENO, «Carta al p. Manuel Fernández», Támara, 3 oct. 1894, en *Cartas* 1, 120-22.

los misioneros y exhortándolos a acudir al juramento supletorio y a no escrupulizar demasiado, porque, según escribirá más de una vez, «no hay obligación, ni puede haberla, de hacer cosas imposibles […] Más vale poner en gracia de Dios a tantos y tantos individuos como se pueden poner con peligro de que alguno engañe, que no dejar de hacer ese gran bien por temor de ese peligro»[41]. Cuando sus esfuerzos pastorales resultaban infructuosos, aprovechaba la buena disposición del juez territorial y recurría a la ley civil, que prohibía el concubinato[42].

Las ideas y sentimientos que embargan su alma al hacerse cargo de Casanare las expuso con toda claridad y precisión en su primera carta pastoral, firmada en Bogotá el mismo día de su ordenación episcopal, y, de modo más disperso, en su copiosa correspondencia con misioneros y religiosos.

La vocación del misionero es sublime, porque consiste en el anuncio de Cristo, camino, verdad y vida de los pueblos y única fuente de salvación individual. Su misión es de carácter espiritual, pero produce reflejos benéficos en todos los aspectos de la vida humana, como podemos deducir del evangelio, de la historia universal y de la misma situación actual de Casanare: «los individuos, lo mismo que los pueblos y las sociedades», serán tanto más dichosos, cuanto más cerca estén de Cristo[43]. Como embajador de Dios, como enviado suyo, el misionero está llamado a mostrar al hombre el camino que lo conduzca a su felicidad integral, tanto eterna como temporal. Deberá predicar «la humildad de corazón, la castidad, la mansedumbre, la resignación en las adversidades, el perdón de las injurias, la compasión con el desgraciado» y todo cuanto ennoblece al hombre y purifica y santifica sus afectos, poniendo siempre de relieve los valores de la fraternidad universal, de la igualdad ante la ley y del derecho de todos a participar en la herencia del padre común[44].

Ésa «es la sublime y benéfica misión que han llevado y llevan los enviados del Señor a todas partes»[45]. Él, aunque indigno, es uno más de esos enviados y, por tanto, no puede traer otra a Casanare. También él viene a enseñar esas doctrinas, a fomentar la piedad, a señalar a todos los caminos de la salvación eterna; a animarlos «a caminar por las sendas de la perfección cristiana»; a corregir los abusos y a desenmascarar las seducciones del error: «habéis estado sin sacerdotes que os instruyeran en las doctri-

---

[41] Ezequiel MORENO, «Cartas al p. Manuel Fernández», Bogotá, 26 mayo 1891, y Támara, 15 dic. 1894, en *Cartas* 1, 83 y 129.

[42] Cf. A. MARTÍNEZ CUESTA, *Beato Ezequiel Moreno,* 251.

[43] *Pastorales*, 1.

[44] *Ibid*. 5-6.

[45] *Ibid*. 6

nas del Evangelio, sin apóstoles de la verdad, sin enviados del Señor; pero, en cambio, no os han faltado apóstoles del error y enviados de Satanás». Viene dispuesto «a estar siempre a vuestro lado, como un padre está al lado de sus hijos», sin reparar en el ardor del clima, en los aguaceros torrenciales, en la dificultad de los viajes, en las distancias u «otras incomodidades parecidas»[46]. Con la ayuda de Dios ni lo largo ni lo ancho de su inmenso territorio le retraerán de buscar por doquier el bien de las almas.

Desde un punto de vista humano, su porvenir no es nada halagüeño. No le esperan ni riquezas, ni honores, ni comodidades. Pero, lejos de espantarle, esa perspectiva le regocija y colma de dicha y satisfacción, porque nadie podrá sospechar que viene a Casanare por ambición, avaricia o cualquier otra mira terrena. Todas esas cosas las ha abandonado en Bogotá. En Casanare tendrá que dormir a la intemperie, sobre la arena de los ríos o al amparo de los bosques; tendrá que recorrer llanuras interminables a lomo de caballo bajo un sol abrasador o poderosos aguaceros; tendrá que sufrir hambre, sed, fiebres y enfermedades. Nada de eso lo amedrenta. La salvación de un alma vale eso y mucho más:

> «¡La salvación de vuestras almas! Tal es, hijos míos, el fin que ahí nos lleva, el móvil que nos impulsa a la ardua empresa que sobre nosotros tomamos. Si eso no fuere, si no mediara la gloria de Dios y vuestra salvación eterna…, ¡ah!, con toda la sinceridad de nuestro corazón os lo confesamos, nuestro propio interés personal, la propia salud, lo culto de la sociedad que nos rodea, lo fino y delicado de la amistad que nos honra y distingue…, todo, todo, en una palabra, nos diría que os dejáramos como estáis […], porque aquí, o en otra parte, estaríamos con más comodidades, con más recursos, con más trato social, con más medios, por decirlo de una vez, para llevar una vida más cómoda y agradable»[47].

Si quieren hacerse acreedores a las misericordias de Dios y aliviar su carga pastoral, ellos tienen que corresponder con disposiciones similares. Dios les hablará al corazón y los llamará «por medio nuestro». Si acogen sus palabras y ponen en práctica sus enseñanzas, se labrarán la dicha y la salvación. Pero si se tapan los oídos, si desdeñan sus consejos y rehúsan su ministerio, el Sembrador pasará de largo y esparcerá su semilla en otras partes.

Piensa después en los pobres infieles, despreciados, humillados y perseguidos. A ellos se siente llamado de modo especial, porque la Iglesia mira con predilección «a los más pobres y más abandonados». No son muchos en Casanare y por los misioneros sabe que su vida errante entorpece su reducción y evangelización. A pesar de todo, les consagrará una parte conspicua

---

[46] *Ibid*. 7-8.

[47] *Ibid*. 9-10.

de su tiempo, y se sentiría feliz si, al concluir su vida sobre la arena de una playa casanareña, no quedara un solo infiel en su territorio. «¡Ah! ¿Quién me diera que, al exhalar mi último suspiro en una mala choza de paja, o en arenosa playa, o al pie de un árbol, pudiera decir: ¡no quedan ya infieles en Casanare!»[48].

Le aguarda un campo inmenso, una tarea ingente, y los recursos son muy escasos. Hay que evangelizar a los infieles, atender a los bautizados, levantar residencias para los misioneros actuales y formar a los futuros… «Hay que levantar templos, decorarlos de la mejor manera posible, dotarlos de ornamentos y vasos sagrados. Hay…, hay que hacerlo todo». Pero «¿con qué medios? ¿quién me ayudará? ¡Divino Corazón de Jesús, a Ti me acojo! Tú eres toda mi esperanza, y tú serás mi ayuda, mi tesoro, mi sabiduría, mi fortaleza y mi refugio. *Fortitudo mea et refugium meum es Tu*[49]. He aquí las palabras que rodearán la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que declaramos será el sello de nuestro oficio. Ellas nos recordarán de continuo que, desconfiando de nosotros mismos, todo lo hemos confiado a ese Corazón divino»[50].

A ejemplo de san Pablo se dirige a continuación a las almas piadosas y las apremia a que redoblen sus oraciones y sacrificios por él y sus misioneros. Sin salir de sus casas y hogares, podrán ganar almas para el cielo y participar de la aureola de gloria que corona la frente de los propagadores de la fe:

> «Orad por mí, hermanos míos; orad por mis obras, orad por mi predicación, orad por que se extienda la palabra divina. ¡Almas piadosas!, a vosotras especialmente me dirijo […] Almas hay que, para ser de Dios, están esperando vuestra oración; de ella pende tal vez su conversión y salvación. Ofreced al Señor por ellas algunas oraciones, algunas privaciones y penitencias, algunas limosnas, al fin de proporcionarles el beneficio de la fe, que Dios os dio ya en su misericordia. Sin más que eso, tendréis una parte abundante en los sacrificios de los misioneros, de esos héroes que, abandonando lo más caro y amable de este mundo […], se han internado en los bosques para derramar la luz del Evangelio. Estos varones apostólicos también necesitan vuestras oraciones y vuestra ayuda para hacer fruto en las almas con su palabra»[51].

Y termina su preciosa pastoral con un recuerdo impregnado de cariño y aliento para los misioneros y misioneras que ya trabajaban en Casanare. Reconoce y envidia su celo, su intrepidez, sus trabajos, sus privaciones, su soledad… El mundo no tiene ojos para estas sublimes manifestaciones de amor, y hasta las mismas almas directamente favorecidas difícilmente se

[48] *Ibid*. 11-12.

[49] Salmo 30, 5.

[50] *Pastorales*, 12.

[51] *Ibid*. 13-14.

percatan de ellas. Pero no hay por qué desmayar. Dios lo ve todo, «y sus ángeles van apuntando cada uno de los pasos de vuestros hermosos pies y anotando cada uno de vuestros sufrimientos, para que ni uno solo deje de ser recompensado con premio eterno». ¡Cómo le hubiera gustado haberlos acompañado durante estos años y haber compartido con ellos sus labores! «Tres años ha que os dejamos en esas soledades, y eso nos lleváis de ventaja; tres años de méritos y de gloria; tres años, hermanos míos, que ya pasaron»[52].

Aunque por pocos meses también las religiosas se le habían adelantado, y también para ellas tiene unas palabras de gratitud y aliento. Su colaboración será preciosa en la tarea de modelar cristianamente la sociedad casanareña, y nunca les faltará ni su aprecio, ni su consejo ni su apoyo: «contad con nuestro afecto en Jesucristo, con nuestra protección, con nuestra ayuda»[53]. Eran seis hermanas de la Presentación, que habían llegado a Támara en el mes de enero de 1894, en compañía de don Elisio Medina, primer intendente del territorio.

3. Promotor de las prefecturas apostólicas del Caquetá y Tumaco

También de obispo de Pasto tuvo ocasión de mostrar su amor a las misiones. El abandono espiritual de vastas zonas de su inmensa diócesis hirió su corazón de apóstol apenas puso pie en ella. Ya en su primera carta pastoral cierne su mirada sobre la región del Caquetá, en donde vivían unos 50.000 infieles y unos 7.000 cristianos perdidos en más de 100.000 km^2 de selva, y prorrumpe en exclamaciones de dolor y compasión: «¡Dilatadas regiones del Caquetá! ¡Desgraciados infieles que las recorréis y habitáis en ellas! ¡Presentes estáis en mi memoria y no os olvidaré!»[54].

Afortunadamente, estas exclamaciones no se redujeron a simples gritos líricos o a promesas vanas y estériles. El desamparo de esas regiones no le permite reposar; es como un aguijón perennemente clavado en su corazón. Desde el primer momento pensó en la erección de un vicariato apostólico, administrado por capuchinos, que ya habían explorado la región en la segunda mitad del año 1893. El proyecto no dejaba de lisonjear a los capuchinos, pero la escasez de personal les disuadió de aceptarlo y se limitaron a ofrecer el envío a Mocoa de dos o tres misioneros[55]. En octubre de 1896 ya

---

[52] *Ibid*. 14.

[53] *Ibid*. 15.

[54] «Pastoral que el ilustrísimo señor obispo de Pasto dirige a sus diocesanos», 12 junio 1896, en *Pastorales,* 64.

[55] Ángel de VILLAVA, *Carta al ministro general*, Pasto, 4 sept. 1896: «Regio Caquetá, ubi plures infideles sunt, potest evangelizari a religiosis nostris conventus pastopolitani. Episcopus

estaban en esa población cuatro religiosos con la misión de atender a sus habitantes y organizar desde ella algunas expediciones por las riberas de los ríos.

En el cumplimiento de su ministerio los misioneros tuvieron que luchar con la total inexistencia de caminos, el ardor del clima y la escasez de medios. Pero las dificultades más graves procedían de la oposición de ciertas autoridades y de «las malísimas costumbres que reinan tanto entre los indios como en los de raza mestiza que se titulan blancos»[56]. No pocos de los caucheros y comerciantes que recorrían los ríos eran maleantes, huidos de la justicia, o aventureros sin escrúpulos en busca de fáciles riquezas. Los misioneros no se recatan de tildarlos de «ladrones y asesinos». La explotación de los indios alcanzaba cotas inimaginables.

Por una arroba de caucho, que valía en el mercado no menos de 30 pesos, recibían un solo peso, y no faltaban ocasiones en que eran defraudados hasta de ese único peso. En enero de 1899 Antero de Morentin refiere con cierto detalle algunos de los atropellos más comunes. Un día le tocó presenciar una escena realmente cruel: un indio, que, no se sabe por qué, debía diez arrobas de caucho, se presentó con ellas ante el patrón. Éste apuntó las diez arrobas que traía el indio en la columna de lo que le debía y, con la mayor seriedad, hizo la siguiente operación: «Cero mata cero, una y una son dos, me debías diez, me pagas diez, me quedas debiendo veinte»[57]. Las expropiaciones de tierras también eran frecuentes. Hasta Miguel Triana, enviado del gobierno para explorar el territorio en busca de una vía que comunicara Pasto con Sibundoy, abogaba por que se expropiaran algunos terrenos en nombre «de la utilidad pública»[58]. Entre los criollos abundaban también los amancebamientos y uniones libres. En 1897 vivían en concubinato casi tres cuartas partes de las familias de Mocoa.

---

huius diœcesis petit incessanter ut mittamus aliquos operarios in civitatem Mocoensem. Insuper vult ut in hac regione instituatur Vicariatus Apostolicus capuccinis commendatus. Sed quoniam sunt pauci religiosi huius custodiæ idonei ad evangelizandum in regione Caqueta, videtur mihi non posse pro nunc admittere Vicariatum Apostolicum, sed tantum mittemus duos vel tres patres in Mocoam ut habeant curam huius civitatis populorumque proximorum et visitent aliquoties indigenas vicinos», Arch. Gen. OFM Cap. H 28, 4. En enero de 1890 el congreso había autorizado al Gobierno «para crear misiones y policía en la región regada por los ríos Putumayo, Caquetá y sus afluentes», en *Anales del Congreso,* 13 enero 1890, 778, y en noviembre de 1892 la Cámara de Representantes había destinado «5.000 pesos para que, de acuerdo con el ilmo. sr. obispo de Pasto y el gobernador del Cauca, envíen una comisión a estudiar en el Caquetá la manera de establecer misiones en aquel territorio», en *Anales de la Cámara de Representantes,* 15 noviembre 1892, 417.

[56] Antero de MORENTIN, «Carta al p. Agustín de Artesa de Segre», Mocoa, 21 en. 1899, en Camilo ORBES M., *Doroteo de Pupiales, fundador de Florencia,* Bogotá 1977, 58.

[57] *Ibid*. 58-59.

[58] Miguel TRIANA, *Por el sur de Colombia*, París 1908, 322.

El padre Ezequiel siguió siempre con interés los trabajos de los capuchinos, se mantuvo en constante comunicación con ellos, cargó con todos sus gastos[59] y salió en su defensa siempre que se trató de mancillar su nombre.

El incidente más ruidoso estalló 1903. La difícil convivencia entre indios y colonos blancos desembocó en abierto conflicto, apenas los sibundoyes, amparados por la ley, exigieron a los colonos blancos la devolución de los terrenos sobre los que éstos habían levantado sus casas. Los capuchinos se pusieron de parte de los indios y sostuvieron sus derechos. Esa actitud desagradó profundamente a los colonos, que no tardaron en lanzar contra ellos una campaña denigratoria en Pasto. Fray Ezequiel estudió el problema con detención y, apenas se hizo cargo de él, empuñó la pluma, expuso al público el origen y las causas del conflicto y denunció los atropellos de algunos colonos, a los que no dudó en citar con sus nombres y apellidos. Ellos eran los verdaderos culpables. Eran *ladrones,* porque se habían apropiado de terrenos ajenos; *rebeldes,* porque resistían a las órdenes de la autoridad; y *blasfemos e irreligiosos,* porque insultaban a los ministros del Señor y en sus escritos hacían gala de ideas anticatólicas[60].

De acuerdo con el gobierno colombiano, cada día más interesado en contrarrestar la presencia en la zona de ecuatorianos, peruanos y brasileños, los capuchinos extienden poco a poco su campo de acción. En 1898 ya tenían destacados en el Caquetá a cinco religiosos: tres sacerdotes y dos hermanos. Poco después levantaron dos nuevas estaciones misionales en Sibundoy (1899) y Santiago (1900)[61]. Por su parte, el obispo aprovecha la visita *ad limina* para solicitar oficialmente la erección del vicariato. Nadie mejor que un vicario apostólico con carácter episcopal podría atender a aquellas almas[62]. En 1902 envía a los principales poblados de la misión

[59] Ángel de VILLAVA, «Carta del padre al ministro general», Pasto, 18 nov. 1898: «La misión del Caquetá está sostenida por el ilmo. sr. obispo de Pasto, fr. Ezequiel Moreno, quien sufraga todos los gastos de aquella misión, sin que jamás haya puesto reparo en dar cuanto los misioneros necesitan», Arch. Gen. OFM Cap. H 28 4; también Alfonso Mª de AGER, «Carta al Delegado Apostólico», Pasto, 1 mayo 1899, *Ibid.*, H 28.III.

[60] Ezequiel MORENO, *A los buenos católicos. ¿Qué hay de los ruidosos crímines de Sibundoy?*, Pasto, 21 abril 1903 (Hoja volante impresa; una copia en AGOAR, caja 150).

[61] Pacífico de VILANOVA, *Capuchinos catalanes en el sur de Colombia* 1, Barcelona 1947, 52-101.

[62] *Relatio status Ecclesiae Pastopolitanæ,* caput IX: «Ad succurrendas eas animas, nullum aliud medium meliorem videtur esse quam erigere peculiarem Vicariatum Apostolicum et committere regimen eius curis alicuius ordinis religiosorum vel congregationi sacerdotum missionariorum, ex quibus vicarius apostolicus cum caractere episcopali assumetur. Credo quod gubernium bene videbit quod agatur de hoc magno opere, et suum iuvamen praestabit, quia etiam ipsum aliud medium non habet ad cognoscendam et fruendam regionem hanc valde fecundam. Ut iam superius dixi, r. p. custodius Capuccinorum, meis supplicationibus acquiescens, tres missionarios sacerdotes et duos fratres laicos misit, sed hi tantummodo sucurrere possunt paucis millibus iam baptizatis». (Minuta, en AGOAR).

maestras de su plena confianza, con las que luego dará vida a una nueva congregación religiosa[63]. A finales de 1903, terminada ya la Guerra de los Mil Días, vuelve a ocuparse del Caquetá en sus conversaciones con el delegado apostólico en Bogotá. Para esas fechas los capuchinos ya se habían alineado con sus posiciones y presionaban por la pronta erección de la prefectura: «La creación de ésta es de necesidad para el desarrollo de la misión, porque este modo interino actual no es sostenible. Por lo cual ruego a V. Rma. interesarse en este asunto»[64].

Por fin, el 20 de diciembre de 1904 la Santa Sede acogía sus repetidas instancias, erigía la prefectura apostólica del Caquetá y la encomendaba a los capuchinos, que ya mantenían en la región a siete sacerdotes y dos hermanos. Su primer prefecto, el catalán Fidel de Montclar, llegó a Pasto en octubre de 1905, cuando el cáncer ya había hecho estragos en el organismo del santo obispo[65]. En 1930 esta prefectura dará origen a los vicariatos apostólicos de Sibundoy y Florencia; y en 1952, a la prefectura de Leticia.

La costa de Tumaco, con sus pueblos malsanos, solitarios y faltos de recursos, también atrajo pronto su atención. Desgraciadamente aquí fue menos afortunado. En septiembre de 1896 ya estaba recorriendo sus playas, sus ríos y sus esteros. Uno de sus acompañantes escribió que no dejó sin visitar «caserío alguno»[66]. Estas correrías le confirmaron la gravedad de la situación y lo espolearon a buscar un remedio. En seguida se percata de que el clero secular no se hallaba en condiciones de atenderlos debidamente, de que la solución habría que buscarla en otras direcciones. En 1897 cree encontrarla en alguna de las comunidades expulsadas de Ecuador y entra en contacto con agustinos, mercedarios y dominicos. El provincial de los dominicos pareció interesado en el proyecto, pero, al fin, sólo pudo mandar

---

[63] Jacinto Mª de QUITO, *Miscelánea de mis treinta y cinco años de misionero del Caquetá y Putumayo*, Bogotá 1938, 72-73: «Esta solicitud de buen pastor la comprobó mandando de su cuenta algunas maestras a los principales pueblos indígenas. El alma de todas esas varoniles mujeres fue la señorita Teófila Cabrera, oriunda de Yacuanquer.

El mismo señor obispo, con el fin de que tanto los caucheros como los indios las respetasen, las hizo la gracia de que llevaran el hábito de hermanas terciarias de san Agustín y de que se llamaran esclavas del Corazón de Jesús. Llegaron al número de 20 y vivían en pequeñas comunidades, distribuidas en los pueblos de Santiago, Sibundoy, San Francisco y Mocoa. Como no había locales adecuados, se acomodaban en míseros ranchos, sobrellevando con admirable resignación las consecuencias de la pobreza, aislamiento, etc.». Sobre estas religiosas, cf. A. MARTÍNEZ CUESTA, «Cinco años al servicio del beato Ezequiel Moreno. Recuerdos del p. Alberto Fernández», en *Recollectio* 3 (1980) 291-380, esp. 378-80.

[64] Agustín de ARTESA DE SEGRE, «Carta al General de la orden», Pasto, 15 febr. 1905, en Arch. Gen. OFM Cap., H 24. 4.

[65] Pacífico de VILANOVA, *Capuchinos catalanes*, 125-63.

[66] Cf. Toribio MINGUELLA, *Biografía del ilmo. sr. d. fr. Ezequiel Moreno y Díaz,* Barcelona 1909, 185.

al padre Reginaldo Duranti, que desde mediados de julio de 1897 hasta mediados de 1899, atendió, sucesivamente, las parroquias de Tumaco y Guapi[67].

En 1898 se le presentó una ocasión más favorable. Tiene que viajar a Europa y dar cuenta al papa del estado de su diócesis. En Europa quizá no le sea difícil encontrar sacerdotes dispuestos a encargarse de su administración. Él, al menos, lo intentará. Y así se lo participa a sus diocesanos en la carta pastoral en que les anuncia su viaje a Roma:

> «Además de estos fines propios de la visita *ad limina*, nos ocuparemos en nuestro viaje de otro importante asunto, que será buscar sacerdotes de alguna comunidad o congregación religiosa que vengan a administrar los pueblos de esta diócesis que comúnmente llamamos de la costa. Estos pueblos se hallan siempre o casi siempre mal administrados por falta de sacerdotes que se hallen en condiciones de poder vivir en aquellos territorios, poco o nada sanos, por una parte, y, por otra, solitarios y faltos de recursos. Una comunidad cuenta con más medios para poder atender a tantas almas como se hallan extendidas por ese extenso territorio, sin que sus individuos se lleguen a encontrar tan faltos de recursos espirituales y corporales como los sacerdotes particulares que se pudieren mandar.
>
> Creemos que los pueblos de la costa y nuestros sacerdotes mirarán con gusto este proyecto, y aun nos lo agradecerán, porque los primeros se verán socorridos en sus grandes, grandísimas, necesidades espirituales, y los segundos no tendrán ya que temer los grandes peligros que en todos sentidos existen por esos puntos»[68].

En España expuso estos proyectos a los capuchinos y, con más claridad, a los agustinos recoletos. Por el momento podrían encargarse de Tumaco, Guapi, Mosquera y Salahonda. Él sufragaría el viaje de los misioneros y abonaría 300 pesos anuales a cada grupo evangelizador, que debería estar compuesto de dos padres y un hermano. Los recoletos españoles no estaban entonces en condiciones de satisfacer sus deseos, pero lo remitieron al vicario provincial de Panamá. Quizá a él le fuera posible prescindir de alguno de sus religiosos.

A su paso por Panamá comentó la sugerencia con el padre Bernardino García, pero éste sólo pudo ofrecerle dos frailes: los padres Gerardo Larrondo, futuro general de la orden, y Melitón Martínez, a quien muy pronto reemplazaría el padre Hilario Sánchez, que durante dos decenios recorrió incansablemente las costas, ríos y sementeras de la costa, trabando con sus habitantes relaciones muy profundas. El primero se estableció en

---

[67] Ezequiel MORENO, «Carta al p. Enrique Pérez», Pasto, 29 en. 1897, en *Epistolario* 1, 326; cf. también, 325 y 377.

[68] «Pastoral del ilmo. señor obispo de Pasto al clero y fieles de su diócesis», 2 julio 1898, en *Pastorales*, 586-91.

Tumaco y el segundo en Guapi[69]. La guerra, con su inseguridad y sus continuos vaivenes, dio al traste con todos estos planes y aumentó la postración espiritual de la costa[70].

En 1903, apenas retornó la calma al escenario nacional, la visita de nuevo con detención, recorre todos sus poblados, estudia sus problemas y vuelve a proponer su administración a los agustinos recoletos. Esta vez su propuesta era más explícita y estaba mejor formulada. Según acuerdo estipulado en Pasto en abril de 1904 con el padre Gerardo Larrondo, la orden ponía a su disposición 17 religiosos, que serían repartidos entre Guapi, Iscuandé, Mosquera, Tumaco, Magüi y San José, Barbacoas, Ricaurte y Piedrancha. Por el momento sólo Tumaco contaría con tres sacerdotes. Pero en un futuro próximo también se debería aumentar el personal de Guapi y Barbacoas[71]. También este plan encalló en la consabida falta de personal. Meses más tarde ofreció su administración a los mercedarios ecuatorianos, que, tras la aprobación de la Ley de Cultos, habían pedido asilo en su diócesis[72].

Estos planes son la mejor expresión de su interés por las almas de la costa. Ninguno de ellos llegó a cristalizar, pero no por eso cabe arrinconarlos como inútiles. Más bien, no me parece exagerado ver en ellos el primer germen de la futura prefectura apostólica, que, tras no pocas dilaciones, fue erigida por la Santa Sede el 1 de mayo del año 1927 y encomendada a los agustinos recoletos[73].

Ángel MARTÍNEZ CUESTA
Roma

---

69 Pueden verse las cartas cruzadas entre los pp. Ezequiel Moreno, Íñigo Narro, Enrique Pérez, Bernardino García, Melitón Martínez y Gerardo Larrondo, publicadas o extractadas en *Epistolario* 1, 252-55.

70 Sobre las diversas ocupaciones y liberaciones de Tumaco durante la Guerra de los Mil Días, cf. *Epistolario* 1, 258, 377, 395-96.

71 *Ibid*. 259-62.

72 *Ibid*. 434.

73 Eugenio AYAPE, *Fundaciones y noticias de la provincia de Nuestra Señora de la Candelaria de la orden de los recoletos de san Agustín,* Bogotá 1950, 289-91.